



EL CENCERRO

CENCERRADA 16

REDACCION Y ADMINISTRACION
Calle de San Hermenegildo, 4, pral., izqda.
MADRID.—1897

POLVO Y LAGARTOS

—Esto va siendo ya el disloque, nostramo. Ca paso que damos es una disdicha nacional. La situación de España está preñá de peligros, y por too consuelo tenemos un gobierno que se asusta de us mesma sombra y que ni sabe lo que quiere ni va á nenguna parte.

—Déjate, hombre, que ya va á regresar

pronto la corte y se pondrá remedio á todos nuestros males.

—El remiendo que se ponga tie que ser malo por necesiá. ¿De qué albeitar se va á echar mano pa que cure al país? ¿De Sagasta? ¿De Sinvela? ¿Del llorón?.. Pus jaga osté cuenta que á toos ellos debían fusilarlos, en compañía de los conservaores pa escarmiento de malos patriotas.

—No sé qué tienes tú que decir del hermano Silvela,

—Pus sencillamente que es camino que no va á ninguna parte. Entre lo que él diga y lo que digan Sagasta y el del algarrobo, no se podrá atar nunca un chavo de cominos. Déme osté un Narvaez, un González Bravo ó un Cánovas, y podré el país saber á onde va, aunque sea á mala parte, porque toos ellos eran hombres de carácter; pero con hombres como los otros tres que quean vivos, ni el país, ni ellos mismos, ni la madre que los parió, sabrán nunca de onde vienen ni á onde van. Y si no ya verá osté lo que sucede con el nuevo gobierno que se forma. La guerra irá en aumento, ó se pasará por una vergüenza nacional; las pocas moneas que quedan en la nacion se las llevará el diablo en forma de ministro de Hacienda; el pan y el vino se pondrán por las nubes; se aumentarán los frailes y los vagos, y cuando no haiga un cuarto ni Cristo que lo fundó, sonará la voz de *sálvese el que pueda*, y el que mas y el que menos perderá la parte trasera por correr.

—Verdaderamente no es muy halagüeña la situación; pero quién sabe si de la noche á la mañana encontrarán los monárquicos el hombre que necesitan.

—Desengáñese osté, nostramo; el hombre que se necesita podrá encontrarlo la Niña, y hasta el mismo D. Carlos, porque en torno de ellos hay elementos de vida; ¿pero qué quiosté que salga de una situación tan cada- vérica como la presente? De las ruinas no puen salir más que polvo y lagartos.

—Veo que estás hoy casi elocuente; y es lástima que no te apliques algo, porque podrías llegar á ser obispo de Madrid-Alcalá ó Comisario de la Bula de la Santa Cruzada.

—A mí me tira má por lo civil. Mi deseo es llegar á ser diretor general de Empuestos, pa eximir al vino de toa clase de pagos.

—¡Buena estaría tu Dirección?

—Pus por mala que estuviera, entoavía

estaría mejor que están hoy algunas de ellas.

—En fin, quedamos en que esto no tiene remedio.

—Ni lo tiene ni lo tendrá hasta que venga lo que osté sabe.

—Bueno. Quiera Dios que sea pronto, para descargo de nuestras culpas y pecados.

—Y para azote de toas las sabandijas que andan por esos mundos de Dios.

—Amén.

LA EXCOMUNIÓN

—¿Ha visto osté, nostramo, la excomunión mayor que el obispo de Palma de Mallorca le ha atizao al ministro de Hacienda?

—No, hombre, no la he visto. Lo que he hecho ha sido leer eso en los periódicos; y por cierto que desde entonces me da lástima el Sr. Navarro Reverter.

—Pus yo creo que le está bien empleao, á ver si escarmienta; y si la excomunión la hubiá estendió el obispo á too el gobierno, aún estaría mejor empleá.

—¡Ay hermano Libertó! Tú no sabes lo que es una excomunión mayor, pues si lo supieras sentirías escalofríos en todo tu cuerpo aunque la cosa no fuera contigo.

—Pus mío osté, nostramo, como fa excomunión me cogiera á mí en después de haber apurao un par de ametrallaoras, ya podía ser too lo grande que el obispo quisiera, en la seguridad de que no me quitaría el sueño ni poco ni mucho.

—Pues mira, para que te formes una idea de lo grave que eso es te voy á recitar unos párrafos copiados de un documento de esa clase:

Dicen así:

—«Malditos sean de Dios y de su bendita madre; huérfanos se vean sus hijos, arrastra-

dos como la culebra, y sus mujeres viudas; el sol se les oscurezca de día y la luna de noche; mendigando anden de puerta en puerta y no hallen quien les haga bien; la yerba verde que pisen se seque y la tierra no les dé fruto; derretidos se vean todos sus bienes como la sal en el agua...

—Pero, señor, en después de ir pidiendo de puerta en puerta sin que naide les socorra ¿qué bienes se les han de derretir como la sal en el agua?...

—«La maldición de Sodoma y Gomorra, Datán y Abiron, que por sus pecados los tragó vivos la tierra, vengan sobre ellos, con todas las demás maldiciones que la santa madre iglesia tiene contra los quebrantadores pertinaces y desobedientes á los preceptos de ella. Mandaremos á todos los párrocos que os echen de sus iglesias con campanas, teniendo cruz en la mano con velo negro, y velas amarillas encendidas y apagadas en agua bendita. Y si muriérais en tal estado no se os dará sepultura eclesiástica, sino que se os enterrará en lugares viles y apartados.»

—Ya ves, hermano Liberto, que la cosa es pasa ponerle á cualquiera los pelos de punta, y es bien seguro que el ministro de Hacienda estará á estas horas que no le llegará la camisa al cuerpo, por más que diga otra cosa.

—Pus yo creo, nostramo, que á pesar de toas las barbaridades que osté ha referido, estará tan tranquilo el hermano Revolter.

—Eso consiste en que tú ignoras que la persona que es objeto de una de esas excomuniones acaba por secarse como un espárrago. Si te fijas hoy en lo que pesa el ministro de Hacienda, y vuelves á echarle la romana dentro de quince días, verás con espanto que ha perdido en peso bruto más de cuarenta kilos, y si vuelves á echársela medio mes después, te encontrarás con que se parece al rabo de una lagartija.

—Pero eso pué ser debió á que el herma-

no Revolter esté encanijao, ó á que pierda sebo por mudar de hierbas.

—Nada de eso, Liberto. El desgraciado que recibe sobre sus huesos una excomunión mayor, no tiene más remedio que secarse.

—Güeno. Que me echen á mí toas las excomuniones que quieran, y me enciendan toas las velas amarillas que hay en el mundo, á ver si me queo como una raspa ó me pongo como un cebón, si me largan por otro lao toa la cecina y tóo el peleón que pueo trasegar.

—Y además de esa desgracia, tiene ya el ministro de Hacienda el sentimiento de ver que los demás ministros huyen de él como de un apestado, y que ningún empleado querrá recibir ya su paga por no tomar dinero de mano de un excomulgado.

—Pus mioste, nostramo, ese podría ser un gran remiendo pa librar al país de la bancarrota; pero no tenga osté cuidiao por esa parte, que aunque fuera el mismo Satanás quien diera la *guita*, no faltaría quien se la quitara de las uñas y le diera de paso un abrazo y un beso.



Moret está inconsolable porque le han dicho que no podrá ser ministro con el señor Sagasta, á consecuencia de la actitud revolucionaria que tomó en Zaragoza.

Y es claro, el hombre anda por ahí desmintiendo lo que entonces dijo, y echándole la culpa de todo al ministro de Ultramar y á sus amigos.

¡Calculen ustedes lo que se puede esperar de un hombre de esa clase!

Pues así son casi todos los políticos que hacen el amor á la olla grande.

¡Cuántos equilibrios!

¡Cuántas picardías!

Había que echarlos

á la alcantarilla.



Acababa de tomar
Fray Liberto el chocolate,
cuando creyó oír el ruido
de un gran tumulto en la calle.
Asomóse á una ventana,
y viendo un gran estandarte
y una multitud inmensa
que comenzó á vitorearle,
creyó que la Niña estaba
ya del hábito tirándole,
y lanzando dos *berrios*
les dice á los circunstantes:
—¿Qué sucede, hermanos nuestros?
¿Ha llegado ya el instante
de dar á los malandrines
en salvo sea la parte?...
—¡Viva el barbián Fray Liberto!
dos mil voces contestáronle;
y cuando se hubo calmado
aquel furor delirante,
se oyó otra voz que decía.
—La Niña vendrá mas tarde.
Ahora solo pretendemos
que al punto EL CENCERRO agarres

y sin cesar, lo repiques
con sal, pimienta y vinagre,
á ver si logras que Azcárraga
releve al hermano Baile,
si es que quiere que la guerra
en este siglo se acabe.
—Está muy bien, ciudadanos.
Voy EL CENCERRO á tocarle,
dice el Lego, á Fray Marcelo;
á ver si del limbo sale
y le da á Don Valeriano
con la contera del sable,
y se concluye la guerra,
y no se vierte más sangre
y por último á sus hijos
á abrazar gielven las madres.
Con una salva de aplausos
acogen los circunstantes
las palabras de Liberto
cuando aparece el alcalde
seguido de sus lebreles
y á muchos lleva á la cárcel,
¡pues es un gran desacato
querer que la guerra acabel

PASILLO CÓMICO

ESCENA CÓMICA

El Presidente. Me encuentro sumamente angustiado. La excomunión fulminada contra el Hacendista, es posible que nos alcance á todos nosotros por andar en tratos con él, y esto es gravísimo.

—*El Marino.* Yo no concedo á eso gran importancia, pues yo también estoy excomulgado por el mero hecho de ser masón.

—*El Presidente.* ¡Esto más! Pero señor, ¿entre qué gente estoy metido?

—*El de la Gracia.* El caso, si bien se mira, es gravísimo; pero si se mira de otro modo, no tiene importancia alguna.

El Ultramarino. Aquí se trata de un litigio en que median seis millones de reales y porque el Estado quiera quedarse con ellos y el bisbe también no tiene derecho para excomulgar á nadie.

El Hacendista. A lo que tiene derecho es á una buena reprimenda que se le debe echar.

El Presidente. ¡Nunca, peluca!

El de la Gracia. Recurramos al Papa, á ver si quiere sacarnos de este atolladero.

El Presidente. Me parece bien; pero yo tengo que consultar antes con mi padre espiritual, para saber si estoy excomulgado á estas horas por haber hablado con uno que lo está.

El Hacendista. Estoy viendo que mi contrincante se va á quedar con los seis millones y yo con la excomunión que me ha descerrajado.

El Presidente. Hay que hablar de las personas sagradas con el respeto debido.

El Marino. Pero en fin, ¿en qué quedamos?

El Presidente. En que voy á consultar

con mi confesor, no sea el demonio que est
yo también metido en este lío.

(*Cae el telón rápidamente.*)

En las inmediaciones cantan á coro muje
res y chiquillos:

—¿Qué va usted á esperar,
señor don Ramón,
de gente que teme
á una excomunión?



Dicen que te vas, te vas,
dejándome en el olvido.

Quiera Dios que te excomulgue
de paso cualquier obispo.

Los ministros han acudido al Papa para que les quite de encima el sambenito que en la persona del Sr. Navarro Reverter les ha echado el obispo de Mallorca.

¡Mamarrachos! ¿No habría sido más sencillo limpiar el comedero á su ilustrísima?

Una vieja escrupulosa,
que clase pasiva es,
dice que no ha de tocar
á la paga de este mes,
por hallarse excomulgado
el Navarro Reverter;
y una beata que ha olido

lo que esa mujer va á hacer,
le ruega que por favor
á ella la paga le dé.
Esto es prueba de que hay gente
de distinto parecer:
lo que á unos les sienta mal
otros le reciben bien.

Comprendiendo el general Weyler que se acerca su última hora de mando en Cuba, ha enviado una nota lacrimosa al gobierno, diciendo lo que ha hecho en año y medio y lo que haría si le dejaran estar allí hasta el mes de Marzo.

Lo que ha hecho, todo el mundo lo sabe, y lo que haría, no es difícil adivinarlo.

Dicho se está que el gobierno se ha enterneado con la lectura de esa nota.

Ahora falta que se enternezca también Sagasta, para que D. Valeriano siga pacificando aquello á su manera.

Y el resultado de todo,
si Cristo no lo remedia,
será que España se quede
más tronada que arpa vieja.

Pinar del Rio es una de las provincias que que el general Weyler ha pacificado ya varias veces.

Y sin embargo está enviando al gobierno partes como éste:

«En Pinar, el enemigo 22 muertos y tres prisioneros, cogiéndosele 21 armas y seis caballos. Presentados, ocho armados y 13 sin armas.—Weyler.»

Ahora que diga Azcárraga qué clase de pacificación es esa, cuando después de ella se dan batallas en que se hacen al enemigo 22 muertos y se cogen prisioneros hombres y caballos.

Si todo eso no es burlarse del país descaradamente, que lo diga el hermano Castellano que debe estar en el secreto.

¿Y decían ustedes que no está haciendo aquí suma falta la escoba?...

Dice un periódico de casa y boca que el nuevo gobernador de Madrid anda por ahí olfateando de día y de noche, y que se propone evitar los timos que con tanta frecuencia suelen darse en la capital de España.

Mucho celebraríamos que la expresada autoridad consiguiera dar al traste con todos los *timadores*, los políticos inclusive.

Porque en ese caso
iría un turbión
de conservadores
á la prevención.

Cualquier gobierno que no fuera el actual se habría reído de la excomunió lanzada por el obispo de Palma contra el ministro de Hacienda, por haberse incautado de los bienes de una capellanía que á su ilustrísima le parecen apetitosos; pero este ministerio, compuesto de mogigatos y hombres sin carácter, ha acabado por aterrarse, creyendo sin duda que va á ir á las calderas de Pero Botero.

Era lo único que faltaba para que los conservadores desaparezcán de la escena política como se merecen, ó sea despreciados hasta por sus más caras afecciones. Porque ello está claro: si el que comunica con un excomulgado queda también excomulgado, dicho se está que todos los ministros están á estas horas dejados de la mano de Dios, y que las puertas de todos los palacios se cerrarán para ellos á piedra y lodo.

Comprendiendo su triste situación, es ex-

traño que el gobierno acuda al Papa, rogándole se sirva dejar sin efecto el anatema que ha echado sobre sus huesos el obispo de Palma.

¡Comprendan ustedes la importancia de la cosa! De hoy más, cualquier obispo puede echar patas arriba al gobierno que no le agrade.

Es decir, podrá hacer eso, siempre que el gobierno sea tan pusilánime como este que tenemos; porque si es un gobierno como debe ser, no solo se reirá de la excomunión que se le eche, sino que cogerá al excomulgante y lo atará codo con codo por perturbador y anarquista.

Pero demasiado
saben los obispos
cuándo es ocasión
de sacar el Cristo.



—Sabe osté, nostramo, si ha recuperao ya el hermano Baile á Vitoria de las Tunas?

—Todavía no se ha recibido el parte oficial de ese suceso, pero ya debe faltarle poco.

—¿Pero no decía D. Valeriano que iba á jacer esa operación sin esfuerzo alguno? Pos me parece que en quince días que han trascurrido ya podía haber realizao una cosa tan fácil como esa.

—Tú por lo visto no cuentas con las distancias.

—Pero entonces hay que jacer un esfuerzo, aunque solo sea de pies.

—Es natural.

—Luego no es cierto que pa golver á coger las Tunas no jaya que jacer esfuerzo alguno.

—Hombre, no seas tan materialista.

—Lo que yo veo, nostramo, es que al hermano Baile le pasa lo que á Sagasta. Apenas abren la boca ya está andando el desatino.

—¿Será verdá, nostramo, que pa San Miguel les van á echer el tarugo á los conservadores?

—No sé qué tarugo es ese.

—Pus eso es que el día de San Miguel, ó sea el 29 de este mes, suelen terminar su compromiso los mozos de labraura y otros sirvientes, y cuando el amo no está contento con ellos los despide sin más preámbulos; y á eso le llaman echar el tarugo.

—Pues no sé si á los conservadores se lo echarán también en ese día; aunque es fácil esperen á que el Papa les levante la excomunión que pesa sobre ellos, pues sería horrible echarles el tarugo, como tú dices, teniendo aún en el cuerpo el que les ha soltado el obispo de Mallorca.

—¡Qué barbián debe ser ese obispo! No sólo va á contribuir á quitarnos de encima la plaga conservadora, sino que la deja en disposición de que el diablo se la lleve.

¡Ay! seña Geroma,
saque usted el jarro
que quiero coger
un gran jaramago,
porque al fin liquidan
esos con denados.

—Se me ocurre una idea, nostramo. En

suponiendo que las excomuniones dan tan buen resultao, ¿por qué no le atiza osté una al hermano Baile, á ver si se seca?..

—Yo no tengo atribuciones para eso, Liberterto.

—¡Cómo que no! ¿No es osté una presona sagrá con facultaes pa absorber los pecaos?

—Pero no es lo mismo una cosa que otra.

—Pus el que pue lo más pue lo menos, y yo creo que debe osté encomenzar á soltar excomuniones, á ver si se quean como la raspa de la tentación los conservaores, los fusioneros y toos los enemigos de la Niña.

¡Pus miosté si tuviera mi paterniá esas facultaes!.. ¡Menúas excomuniones iba á soltar!

También el general Primo de Rivera nos había hecho creer, como Weyler, que aquello de Filipinas estaba ya pacificado.

Y vean ustedes lo que ahora resulta: «Los grupos principales de los insurrectos los constituyen: Aguinaldo, con 4.000 hombres; Llanera, con 3.000; Ponciano Rizal, con igual número poco más ó menos; otros núcleos son de 400 á 500 insurrectos. Los cabecillas llevan soldados y guardias civiles, desertores indígenas, los cuales enseñan á los demás á batirse con orden. Hacen falta fuerzas para la campaña y para las guarniciones, escasas, de Panay y Negros».

¿Qué tal?

¡Oh bazarros generales
que ciertas cosas decís!
¡Vuestras pacificaciones
que me las claven aquí!

Bien quisieran los conservadores que la Corte no regresara este año de San Sebastián hasta el mes de Marzo.

Pero desgraciadamente para ellos regresará el día 27 del actual.

Y hay quien dice que el día 28 les dará la boleta.

¡Qué lástima!

Nos vamos á quedar sin ocho alhajas que no nos merecíamos.

PASATIEMPOS

CHARADITA

Tercia segunda á paseo
una mañana de Abril
encontrando en Recoletos
al calavera D. Gil,
quien dijo. ¡primeral! ¿has visto
á todo? ¡Es una hurí!

ADIVINANZA

Tiene carácter,
se irrita un poco,
y al ministerio
lo ha vuelto loco.

EL CENCERRO

PERIÓDICO POLITICO SATÍRICO

Da una cencerrada por semana á los ministros y demás hermanitos que chupan del país.

Cuesta la suscripción 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre y 6 un año.

La mane para los vendedores y correspondentes, 75 céntimos.

Tipografía de Alfredo Alonso, Barbieri, 8